

Trío de hecho

*Obra en dos actos,
el segundo dividido en dos cuadros*

Antonio Ruiz Negre

PERSONAJES

(Por orden de intervención)

ADRIÁN, 40 años

MARÍA, 30 años

SONIA, 35 años

GOYO, 40 años

BERTA, 35 años

Descripción de escena

Salón amplio, decorado con estilo años sesenta.

La estancia cuenta con una entrada en primer término del lateral izquierda, y una ventana amplia en el foro a la derecha. A través de ésta se vislumbra un forillo de cielo abierto, iluminado con claridad diurna.

Los muebles son de calidad, pero en el momento de la acción, la cual se desarrolla en época actual, resultarán inequívocamente pasados de moda. La suma de complementos estará a juego con los muebles; muchos tapetitos de punto cubriendo los respaldos y asientos, y colocados donde resulten oportunos, así como cortinas y visillos que no desdigan del conjunto.

Será imprescindible para la acción, un sofá de dos plazas con un sillón a juego colocado sobre el foro a la izquierda, y un centrado ante el conjunto, un mueble biblioteca multiusado adosado al lateral derecha, y un sillón de orejeras con mesita al lado, situado en primer término derecha, así como un revistero en el foro bajo la ventana y una silla entre la puerta y el tresillo.

El resto de muebles, según espacio disponible y a criterio del Director. También se sugiere distribuir por las paredes, algunos marcos con litografías sin valor aparente.

Términos derecha e izquierda los del público.

Primer acto

Escena I

ADRIÁN y MARÍA.

A telón bajado suena alguna melodía romántica de moda en los años sesenta, interpretada a clarinete.

Tras diez o doce compases subirá el telón, y unos segundos después desciende el volumen de la música hasta quedar en silencio.

Sentado en el sillón del término derecha está ADRIÁN. Éste, que es invidente, lee al tacto un libro impreso en Braille. Sobre la mesita a su lado hay otro volumen, y un bastón blanco telescópico, plegado, que sólo utilizará en sus desplazamientos cuando expresamente lo indique el guión.

Se advierte que ADRIÁN no utiliza gafas oscuras, por lo que el actor deberá estudiar convenientemente el parpadeo y movimiento ocular característico en los ciegos.

Tras unos segundos de silencio suena el teléfono situado sobre el centrito.

ADRIÁN.- (Manifiestamente molesto.) ¡Vaya, hombre!... (Alzando la voz que dirige a la salida.) ¡El teléfono!...

(Sigue sonando el aparato sin que nadie venga a atenderlo.)

ADRIÁN.- (Al momento con tono crítico.) La chica ésta no debe estar muy bien del oído...

(Dejando el libro sobre el otro, se levanta y acude al teléfono.)

(ADRIÁN se desplaza con la soltura propia de un ciego que conoce la distribución de objetos en casa, y también, como los ciegos, con su peculiar modo de andar.)

(Descolgando.) ¿Dígame?... ¡Ah!, dime, Goyo. **(Pausa.)** Sí, vino hace un par de horas y está por ahí dentro liada... No, le di la nota que Sonia me dejó y se puso a trabajar... Sí, creo que empezó con el lavado porque desde aquí he estado oyendo ese ruido infernal... Eso, centrifugando. **(Pausa breve.)** Vale, de acuerdo... Pues hasta luego. Adiós. **(Cuelga y se dirige a su sillón, donde se sentará volviendo a coger el libro.)**

(Antes de concluir el monólogo telefónico, en la puerta apareció MARÍA, que al ver a ADRIÁN hablando permaneció estática sin llegar a introducirse en la estancia.)

(MARÍA es asistenta por horas. Nueva en la casa, manifiesta cierta inseguridad momentánea en sus tareas, así como una leve aprensión hacia el trato con ADRIÁN. Viste una bata sencilla de trabajo que no oculta su cuerpo bien formado.)

ADRIÁN.- (A mitad de su camino hacia el sillón.) ¿No oyó el teléfono?...

MARÍA.- (Sorprendida.) ¿Eh?... ¡Ah, sí!... (Al tiempo que avanza un par de pasos y se detiene.) Es que estaba con las manos en la lejía y no quise ponerlo todo perdido.

ADRIÁN.- ¿Y por qué se queda ahí parada?

MARÍA.- (Algo descentrada.) Pues... Bueno, ¿puedo venir ahora a limpiar los muebles?...

ADRIÁN.- (Socarrón.) Mientras no pretenda limpiar el sillón en que estoy sentado, puede hacer aquí lo que le parezca.

MARÍA.- Bien, pues... Ahora vengo con las cosas de limpieza.

(Decidida hace mutis.)

(Adrián, sonriente, vuelve a coger el libro al tiempo que tararea unos compases de la música del principio. Enseguida retoma la lectura por donde la dejó.)

(Al momento aparece MARÍA en la puerta, llevando en las manos un par de bayetas y un bote pulverizador.)

(En silencio comenzará a limpiar los muebles del foro izquierda.)

ADRIÁN.- (Interrumpiendo la lectura.) Veo que está usted usando el nuevo limpiamuebles.

MARÍA.- (Sorprendida.) ¿Que lo ve?...

ADRIÁN.- (Tras una risa breve.) No se asombre, mujer... Es un modo de hablar. Los ciegos «vemos» a nuestra manera, con el oído, el olfato y el tacto...

MARÍA.- Ya...

ADRIÁN.- La Naturaleza que es sabia, utiliza normas para compensar deficiencias en los humanos. **(Con bastante ironía.)** Así a uno con escasez en el gusto, se le desarrollará el olfato para poder seguir disfrutando del placer de la buena mesa.

MARÍA.- (Incrédula.) ¿Eso me lo dice en serio o pretende embromarme?

ADRIÁN.- ¡Qué va, mujer! Tenemos una pieza común a todos los mortales que se encarga, entre otras cosas, de solucionar satisfactoriamente esos desacuerdos. El cerebro.

MARÍA.- Bueno... Algún reportaje sobre eso sí he visto en la tele.

ADRIÁN.- (Con sonrisa incisiva.) Aunque del cerebro humano se sabe prácticamente muy poco. Apenas que se trate de un centro nervioso, del que suelen prescindir algunos políticos en ejercicio, sin merma de su eficacia en el cargo.

MARÍA.- (Sonriendo.) Vaya. Ahora ya sé que está usted

de guasa.

ADRIÁN.- (Tras una risa breve.) Un poco de humor no perjudica a nadie... **(Pausa breve.)** Lo que no solemos hacer los ciegos en nuestra relación con los demás, es cambiar el modo de expresión normal de una conversación... ¿No ha tenido usted antes de ahora contacto con invidentes?

MARÍA.- No... La verdad es que sólo he tenido ocasión de hablar alguna que otra vez, con la chica que vende cupones en el quiosco de bajo de casa.

ADRIÁN.- Pues yo recomendaría a la gente que hiciera por estrechar más a menudo su contacto con los ciegos. Seguro que todos saldríamos beneficiados con ello.

MARÍA.- Es posible que tenga razón.

ADRIÁN.- No lo dude. Lo que pasa es que a los ciegos sólo suele dirigirse la gente para comprarles cupones.

MARÍA.- (Con lógica aplastante.) ¡Hombre! Es que sólo los venden ellos.

ADRIÁN.- ¿Ve?... Ahora tiene usted razón. **(Tras una pausa breve.)** Acérquese un momento.

(Con naturalidad MARÍA llega junto a ADRIÁN mirando curiosa el libro que éste mantiene sobre sus piernas.)

ADRIÁN.- ¿No había visto nunca un libro escrito en Braille?

MARÍA.- (Mirándole directamente al rostro.) ¿Cómo sabe que estaba mirando el libro? ¿Es que eso también «se huele»?

ADRIÁN.- (Riéndose.) No, hija, eso no se huele, pero he supuesto que la curiosidad le haría mirarlo.

MARÍA.- (Chasqueada.) ¡Vaya!...

ADRIÁN.- ¿Qué edad tiene?

MARÍA.- (Dudando.) ¿Le sirve si le digo que soy más joven que usted?

ADRIÁN.- Me sirve.

MARÍA.- (Algo más relajada.) Tampoco va a pasar nada porque se lo diga. Acabo de cumplir los treinta.

ADRIÁN.- Le llevo diez. ¿Es usted rubia?

MARÍA.- No. Morena; más bien castaña.

ADRIÁN.- A mí me gustan las rubias.

(Sin agregar más a su frase, propina dos palmaditas con indiscutible acierto al glúteo más próximo a sí, de MARÍA.)

MARÍA.- (Sorprendida.) ¡Coño!... **(Al tiempo que se retira, medio para sí.)** ¡Pues vay a leche con los ciegos!...

(Mientras ADRIÁN sonriente vuelve a su lectura, MARÍA retoma la limpieza donde antes la interrumpió.)

(Durante un breve espacio de tiempo ambos siguen con lo suyo, si bien MARÍA de vez en cuando le lanza furtivamente alguna mirada desconfiada.)

ADRIÁN.- (Cerrando el libro tras ponerle una señal.)
¿Me dijo usted que se llamaba María?

MARÍA.- (Sin dejar su trabajo.) Sí señor.

ADRIÁN.- ¿Conocía usted a Loles?...

MARÍA.- Loles es prima segunda mía por parte de madre. Y fue ella la que habló con doña Sonia recomendándome para venir a hacerle la casa.

ADRIÁN.- Ya. ¿Y qué le ha pasado a Loles?

MARÍA.- Sufrió un accidente laboral la semana pasada.

ADRIÁN.- ¿Y eso?

MARÍA.- Trastabilló en una escalerilla limpiando los cristales, y se ha roto una pierna.

ADRIÁN.- (Con sorna.) ¡Qué mala pata!

MARÍA.- (Mirándole. Con retintín.) ¡Eso!

ADRIÁN.- (Tras una pausa.) Pues creo que a resultas del accidente hemos ganado con el cambio.

MARÍA.- (Deteniéndose y mirándole abiertamente.) ¿Y por qué dice usted eso?...

ADRIÁN.- Verá. En primer lugar, su prima se pasaba las horas cantando coplas de la Pantoja, cosa que usted no hace y que es de agradecer, y además es usted más atractiva que ella, lo que resulta también agradable.

MARÍA.- (Con sorna.) Quiere decir que a Loles también, «la tentó» usted...

ADRIÁN.- ¡Bah! No debe molestarse por mi broma de antes... No deja de ser eso; una broma sin importancia.

MARÍA.- ¡Ya!

ADRIÁN.- ¿Mi mujer no le hizo ninguna advertencia acerca de mi humor para las bromas?

MARÍA.- ¿Su mujer?...

ADRIÁN.- Sonia.

MARÍA.- ¡Anda! Pues yo creía que doña Sonia era su cuñada.

ADRIÁN.- También.

MARÍA.- (Otra vez mosca.) ¡Jóder! ¿Ya vuelve a tomarme el pelo?

ADRIÁN.- (Falsamente serio.) No mujer. ¡Cómo iba yo...!

MARÍA.- (Tras hacer un gesto fatalista, vuelve a su tarea murmurando.) Está visto que hoy he de pasar por gilipollas...

(Breve transición.)

ADRIÁN.- Ya está ahí Sonia.

MARÍA.- ¿Cómo?...

ADRIÁN.- Que ya está ahí Sonia. ¿No la ha oído abrir la

puerta del piso?

MARÍA.- No... No he oído nada...

ADRIÁN.- (**Cínico.**) ¿Se da cuenta como yo tengo «mejor vista» que usted?...

MARÍA.- (**Para sí.**) ¡No te digo!...

Escena II

ADRIÁN, MARÍA y SONIA.

Casi de inmediato aparece SONIA en la entrada, portando una bolsa grande de plástico de tienda conocida. Mujer desinhibida y moderna, viste de calle con bastante elegancia. Habla siempre con firmeza y seguridad, mostrando facilidad para dejar en el aire un toque de segunda intención, cuando le conviene. Entra saludando, y al tiempo que va directamente hacia ADRIÁN, deja la bolsa sobre la silla de la entrada.

SONIA.- ¡Hola! Ya estoy aquí. ¿Me habéis echado mucho de menos? (**Besa a ADRIÁN, que le devuelve el beso con naturalidad.**)

ADRIÁN.- No mucho. Durante tu ausencia, María y yo nos hemos entendido perfectamente.

SONIA.- Me alegro. (**Mientras deja su bolso sobre el centrado.**) Habría querido llegar antes, pero no sé lo que le pasa a la gente, que parece se pongan todos de acuerdo para ir de tiendas cuando yo he de salir a comprar algo.

ADRIÁN.- (**Con buen humor.**) Es un modo bastante particular por tu parte de ver las cosas, ¿no te parece?

SONIA.- No lo creas, porque yo no suelo ir «de tiendas». (**A MARÍA.**) Los hombres no suelen entender la diferencia entre comprar o ir de tiendas, ¿sabes?

MARÍA.- (**Espontánea.**) La verdad es que yo tampoco encuentro la diferencia entre una y otra cosa...

ADRIÁN.- ¿Lo ves? Esta chica razona bien.

SONIA.- (Sonriendo a MARÍA.) ¡Vaya, mujer! ¿Ni siquiera por complicidad femenina vas a darme la razón ante un hombre?

MARÍA.- (Un tanto cortada.) Pues... Bueno. Qué quiere usted que le diga...

ADRIÁN.- (A SONIA.) Nada. No insistas. Esta vez te salió mal la maniobra.

SONIA.- Bien... Otra vez será. **(A MARÍA.)** ¿Comprendiste todo lo que ponía en la nota?

MARÍA.- Sí, Señora. Estaba bastante claro, aunque me tendrá que explicar algunos detalles, de lo que escribió usted sobre el asunto de la ropa de plancha.

SONIA.- Si está muy claro, mujer... La ropa de cama que hay sobre el mueble del cuarto de plancha...

ADRIÁN.- (Interrumpiendo.) ¡Alto! ¡Stop! ¡One moment!... ¿Intentáis hacer ante mí una exposición técnica, acerca de las cualidades del planchado?...

SONIA.- ¡Hombre!, no creo que llegemos a tanto...

ADRIÁN.- (Se levanta cogiendo los libros y el bastón que no desplegará.) Pues es igual. Os dejo. Me largo de aquí para que arregléis el mundo doméstico sin mi complicidad... Si quieres algo de mí, me encontrarás en el despacho.

SONIA.- Mejor; así podremos conspirar a nuestras anchas.

ADRIÁN.- Eso. ¡Que os sea leve!

(Hace mutis.)

MARÍA.- Vaya humor que tiene su cuñado ¿eh?

SONIA.- Ya lo creo, sobre todo cuando no tiene «la pájara» encima, porque entonces se pone inaguantable.

MARÍA.- Y en cuanto a bromista... ¿Pues no quería hacerme creer que era su marido?

SONIA.- (Sonriente.) Eso no es broma. Es que también es mi marido.

MARÍA.- (Un tanto mosca.) Mire, doña Sonia...

SONIA.- (Interrumpiéndole.) «One moment», como dice Adrián. ¿Tienes algo enchufado por ahí dentro que se pueda quemar?

MARÍA.- No, porque la lavadora terminó hace unos minutos, aunque aún no he sacado la ropa para tenderla.

SONIA.- Es igual. Tómame un respiro y charlemos mientras fumamos un cigarro. Es necesario que te cuente algunas cosas para que no te sientas confusa en el futuro, puesto que parece ser, que vas a estar haciendo la casa dos meses por lo menos.

MARÍA.- Pues sí. Si no pasa nada...

SONIA.- ¿Y qué había de pasar?

MARÍA.- No. Quiero decir que Loles ha de estar enyesada lo menos cuarenta días...

SONIA.- Por eso. **(Al tiempo que se sienta en el sillón junto al sofá y saca un paquete de cigarrillos.)** Toma, fuma y siéntate cómoda.

MARÍA.- Gracias... Si no le importa fumaré de los míos porque con esa marca me escuece la garganta. **(Saca su propio paquete mientras se sienta erguida en el filo del sofá.)**

SONIA.- Como quieras.

(Encienden y fuman.)

¿Qué te contó Loles de nuestra vida en esta casa?

MARÍA.- La verdad es que muy poco. Que en la casa son tres personas; usted, su marido y su cuñado. Que don Adrián es ciego... y poco más.

SONIA.- (Asintiendo.) Desde luego poco más podría contarte, porque dado que tu prima es de entendederas cortas no hubiera comprendido; así que a ella no le conté casi nada. Contigo es diferente... Me gusta tu aspecto y creo que podremos llevarnos bien.

MARÍA.- Gracias por la confianza, Señora.

SONIA.- Ante todo, ni Señora, ni doña Sonia. Sonia a secas ¿no te parece?, después de todo somos de la misma

edad ¿no?

MARÍA.- Bueno... Yo tengo treinta.

SONIA.- Yo cuatro o cinco más. Vale. **(Al tiempo que se levanta.)** Voy a tomar algo porque estoy seca... ¿Te apetece a ti alguna bebida?

MARÍA.- No, gracias. Yo sólo bebo algo de noche, y no todas.

SONIA.- A tu gusto. **(En el mueble bar manipulará botellas y vaso sirviéndose una ginebra con tónica en tanto sigue interpretando.)** ¿Tienes algo en contra de la gente que vive junta sin casarse?

MARÍA.- Nada. En absoluto. Hoy casi conoce una a más parejas de hecho que a matrimonios...

SONIA.- Bien; pues nosotros tampoco estamos casados... Adrián y Goyo son mellizos, y como tales muy compenetrados.

MARÍA.- **(Interrumpiendo.)** Pues no se parecen demasiado ¿no?...

SONIA.- No es obligado parecerse, mujer. De hecho de un mismo parto de mellizos a veces nacen niño y niña... Donde el parecido sí juega es entre hermanos gemelos.

MARÍA.- Claro... No había caído.

SONIA.- Bueno, pues como decía, ellos siempre han vivido juntos, y a pesar de que Adrián por su condición física ha intentado varias veces marcharse a vivir solo, para no crear problemas a Goyo, éste jamás lo ha consentido. Los dos han permanecido solteros sin decidirse a crear una familia, hasta hace cinco años que aparecí yo en su vida.

MARÍA.- ¿En la de don Adrián o en la de Goyo?

SONIA.- **(Tras una pausa en la que bebe un sorbo.)** En la de ambos. **(Pausa breve.)** Conocí a Goyo en un bar donde me había colocado sirviendo copas. Me resultó agradable, charlamos, salimos un par de veces y me contó su vida, lo de su hermano, y su decisión de no casarse para no abandonarlo. Y casi sin saber cómo, se planteó la posibilidad de vivir juntos los tres. A mí no me molestó la idea, así es que me presentó a Adrián, tuvimos una larga charla los tres y llegamos a un acuerdo.

MARÍA.- ¡Caray, qué fácil! ¿Y qué hacen, cama redonda?

SONIA.- No, mujer. En eso somos muy estrictos. Cada lunes empieza la semana para uno, y el otro pasa a ser solamente cuñado.

MARÍA.- ¡Mira!, es bastante original el asunto... ¿Y no le resulta a usted violento ese cambio semanal?

SONIA.- Me acostumbré enseguida. Y además, la cuestión presenta para mí una importante ventaja.

MARÍA.- ¿Sí?...

SONIA.- **(Con una sonrisa abierta.)** Yo soy, digamos, «ávida de afectos». ¿Comprendes lo que digo?

MARÍA.- Bueno, puestas las cosas así...

SONIA.- El hecho de tener siempre a la espera un amante, elimina el aburrimiento. Deberías planteártelo.

MARÍA.- **(Un tanto en guardia.)** ¿Y por qué me cuenta todo esto?

SONIA.- **(Levantándose marca algunos pasos por escena mientras interpreta sin dejar el vaso.)** Además de Loles, hubo alguien más que me habló de ti. Alguien que ha sido amiga tuya y que dijo conocerte muy bien. **(Mirándola tras una pausa.)** Celina.

MARÍA.- **(Con un punto irónico.)** ¿También Celina es amiga suya?

SONIA.- De ello tendremos tiempo de hablar, ¿no te parece?...

MARÍA.- **(Relajándose un tanto cambiará su posición erguida en el sofá y transforma su tono en uno más mundano.)** Por lo visto hoy va a ser mi día de sorpresas... ¿Cómo conoció a Celina?... ¿La buscó ella, o la buscó usted?

SONIA.- Digamos que... nos encontramos. **(Pausa breve.)** Pero no estés tensa mujer, relájate, que da la impresión de que te estuvieras examinando.

MARÍA.- **(Sonriente.)** ¿Y no es eso lo que está haciendo conmigo?

SONIA.- **(Contemporizando.)** Bueno... Sólo he pretendido eliminar barreras, fomentar un poco la amistad... Y para eso, nada mejor que sincerarse contándonos las cosas que no solemos ir confesando por ahí ¿no crees?

MARÍA.- Visto así...

SONIA.- (**Volviendo a sentarse en el sillón.**) Anda, cuéntame algo de ti.

MARÍA.- ¿Como qué?...

SONIA.- No sé... (**Improvisando.**) ¿Tuviste una infancia feliz?

MARÍA.- (**Con cierto cinismo.**) ¡Felicísima! Me crié en el seno de una familia numerosa. Mi madre que fue puta, tuvo cinco hijos, uno de ellos negro.

SONIA.- (**Sorprendida.**) ¡Anda! ¿Me tomas el pelo?...

MARÍA.- ¿Por qué? ¿Por lo de una madre puta, o por el hermano negro?

SONIA.- No, no... Es que no me esperaba... ¿Y tu madre era viuda?...

MARÍA.- Ella dice que llegó a casarse, pero dudo que lo hiciera.

SONIA.- Entonces ¿no conociste a tu padre?

MARÍA.- No lo sé. En casa entraban muchos hombres y alguno de ellos debió ser mi padre. (**Volviendo al tono cínico.**) Al padre del negro, que mi madre bautizó con el nombre de Albino...

SONIA.- (**Lanza una carcajada espontánea.**)

MARÍA.- ¿Le hace gracia?

SONIA.- Por lo anacrónico... Perdona.

MARÍA.- Anacrónico o no, a ella le gustaba el nombre y se lo puso. Después el pobre ha tenido que unir a su propia carga, la de llamarse Albino.

SONIA.- Imagino que más de una broma le habrán hecho a cuenta del nombre...

MARÍA.- Desde luego... Bueno, pues al padre del negro sí le conocí. Fue uno de los pocos hombres buenos que he conocido a lo largo de toda mi vida.

SONIA.- ¿Sí?...

MARÍA.- Era un funcionario americano empleado en la embajada, que nos llenaba los bolsillos de chicles y chocolatinas cada vez que nos visitaba, y nos proveía de latas de leche en polvo. Mi madre le apreciaba mucho como se podrá imaginar. ¡Con tanto crío!... El negro dejó de frecuentar la casa unos tres o cuatro meses antes de que naciera su hijo, incorporándose a un nuevo destino en Oriente Medio, creo... Y ya no supimos nada más de él.

SONIA.- ¿Y no llegó a conocer a su hijo?

MARÍA.- Ni por fotografía.

SONIA.- O sea, ¿qué ni volvió, ni os escribisteis, ni nada?...

MARÍA.- Los «amigos» de mi madre no eran de los que suelen mantener amistades duraderas. Incluso muchos de ellos no frecuentaron «su amistad» más allá de cuatro o cinco visitas. Y aunque no era ese el caso del americano, que se hizo habitual casi los dos años de su destino en aquella ciudad de mi niñez, se fue como los demás, sin dejar su dirección.

SONIA.- ¡Qué cosas!... Oye, si no fuera porque puede sonar a falta de respeto, diría que eso que cuentas parece un sainete.

MARÍA.- No sería usted la primera que lo dice... Incluso yo misma cuando he mirado hacia atrás repasando escenas de mi vida, lo he llegado a pensar.

SONIA.- Y, ¿cómo te llevabas con tus hermanos?...

MARÍA.- Ni bien ni mal; como se suelen llevar todos los hermanos... El que siempre nos cayó algo gordo era Albino, claro, pues por su culpa era raro que los demás no tuviésemos como norma un ojo morado o un labio partido.

SONIA.- ¿Y eso?...

MARÍA.- Por las peleas que manteníamos todos los días a la salida de la escuela con los demás alumnos.

SONIA.- Imagino que esas peleas con los otros críos no serían solamente por mencionar el color de Albino...

MARÍA.- Imagina usted bien. La condición de mi madre era conocida por toda la vecindad y aunque los mayores parecían mirarnos, a nosotros sus hijos, con cierta simpatía o conmiseración, ¡vaya usted a saber!, los pequeños se

mostraban intransigentes a más no poder. No pasaba día en que no insultaran a alguno mentándole el color o la condición familiar.

SONIA.- ¿Refiriéndose a vuestra madre?...

MARÍA.- Así es. ¡Y hay que ver lo crueles que pueden llegar a ser los críos cuando le lanzan a una un insulto!... Por eso cuando crecí tomé la decisión de no seguir la carrera de mi madre. Nada me aterraba más que la idea de vivir soportando una procesión de desconocidos entrando en casa, ni vivir para siempre con un insulto pegado al oído.

SONIA.- Entiendo lo duro que puede resultar un porvenir así.

MARÍA.- Así que, en cuanto pude, dejé familia, casa y provincia, viniendo a vivir aquí. Y sobre todo, decidí ganarme la vida trabajando en cualquier cosa, a tener que soportar a un hombre sobre mí.

SONIA.- (Tras una pausa.) ¿Qué fue de tus hermanos?

MARÍA.- Crecieron a pesar de todo con relativa buena salud. Se colocaron todos. Hasta el negro, que como seguramente lo llevaba en los genes, se consiguió colar en la Administración como funcionario. Con el grado de menor nivel, por supuesto, ¡pero funcionario!

SONIA.- ¡Caramba, hija! ¿Y por qué das por supuesto que debiera ser con un grado bajo?

MARÍA.- Hay que ser realista ¿no? ¿A qué podría aspirar en este país un negro que fuera además hijo de puta?

SONIA.- ¡Vaya! ¡Qué crudo resulta eso dicho así!...

MARÍA.- Real como la vida misma, a pesar de que tanta gente asegure que en España no hay racismo. ¡Si yo le contara!...

SONIA.- (Tras una pausa breve.) Y tu madre, ¿vive?

MARÍA.- Sí. Cuando dejó de ejercer y aprovechando que todos ganábamos un sueldo, nos reunió un día y nos pidió dinero para poder llevar a cabo lo que fue el sueño de toda su vida; regentar una casa de citas propia... Así que reunimos un capitalito, y con él montó un burdel en Cádiz... Desde entonces no la hemos vuelto a ver.

SONIA.- ¡Joder, hija! ¿Y aún hay quien compra al extranjero guiones para la televisión?...

MARÍA.- Pues le aseguro que nada de cuanto le he dicho es inventado.

SONIA.- ¡Caray! Me dejas sin saber qué comentar...
(Pausa breve.) ¿Y Celina?... ¿Cómo entró Celina en tu vida?

MARÍA.- (Adoptando un tono más mundano.) Lo de Celina no es una historia complicada. Es sólo una mala pécora, que sabe arreglárselas para hacer la vida más agradable a quien tiene necesidad de cariño... Yo he pasado momentos verdaderamente malos y gracias a su apoyo moral he conseguido superarlos.

SONIA.- A su apoyo moral, y «físico», supongo.

MARÍA.- Sobre eso no es necesario extenderse mucho. El hecho de que usted haya tratado a Celina es suficiente para conocer su condición, y la de quienes nos sentimos afines a ella. (Incisivamente.) ¿No es ese también su caso?...

SONIA.- (Desmarcándose con una sonrisa.) Ya te dije antes que yo era «ávida de afectos»...

MARÍA.- (También con una sonrisa.) «Mensaje recibido».

(Suena el timbre de entrada al piso.)

SONIA.- Seguiremos hablando. Ese debe de ser Goyo.

MARÍA.- (Al tiempo que se levanta y va a abrir.) ¿Es que él no tiene llave?

SONIA.- Por supuesto que sí. Pero, «los cuñados», nunca la usan.

MARÍA.- (Con un gesto cómplice.) ¡Entiendo!

(Hace mutis.)

Escena III

SONIA, GOYO y MARÍA, después ADRIÁN.

Al quedar a solas, SONIA se levanta con naturalidad, y acabándose el contenido del vaso que dejará sobre el centrado, va hacia el mueble guardando en su lugar las botellas que antes utilizó. Regresa hasta el sofá permaneciendo de pie ante él.

En la entrada aparecerá GOYO seguido de MARÍA.

GOYO viste de calle, sobrio pero con un toque elegante. Guarda un cierto parecido en físico y porte con ADRIÁN.

GOYO.- (Entrando.) ¡Hola, Sonia!

SONIA.- ¿Qué hay, Goyo? Llegas muy pronto ¿no?...

GOYO.- Sí. Hoy he terminado antes la ronda de visitas que tenía marcada. ¿Y Adrián?...

SONIA.- En su despacho.

(GOYO va al sillón del sofá y se sienta tras dejar sobre el centrado una cartera portafolios.)

(MARÍA, que entró en la estancia tras GOYO, sin perderse detalle de la actuación de la pareja, recoge los útiles de limpieza de donde los dejó y marca el mutis a la salida.)

MARÍA.- (A Sonia.) Si le parece voy a sacar la ropa de la lavadora y después terminaré aquí.

SONIA.- Muy bien, María. Como quieras.

GOYO.- (A María.) Un momento, por favor. ¿Quiere mirar por la ventana y decirme si hay alguien junto a mi coche?

MARÍA.- No faltaba más. (Dejando los útiles sobre algún lugar al paso, va hasta la ventana y mira hacia abajo a través de los cristales.) ¿Cuál es su coche?...

GOYO.- Un «Opel» azul que hay aparcado junto al paso de cebra. ¿Lo ve?

MARÍA.- ¡Ah!, sí. Perfectamente... Pues no... No se ve a nadie junto al coche...

GOYO.- ¿Ni en la acera de enfrente mirando hacia él?

MARÍA.- No... Tampoco se ve a nadie en la otra acera...

GOYO.- Bien, gracias. Eso era todo.

(**MARÍA, sin recoger los útiles, vuelve a marcar el mutis hacia la izquierda.**)

MARÍA.- (A SONIA, al paso.) Voy a tender.

SONIA.- (Con una sonrisa, señalando el vaso.) ¿Te llevas ese vaso a la cocina?...

MARÍA.- Claro; por supuesto.

SONIA.- (Señalando la bolsa de compras.) Y la bolsa la dejas en el cuarto de plancha, por favor.

MARÍA.- Ahora mismo.

(**Coge el vaso y la bolsa y hace mutis.**)

SONIA.- (A GOYO, tras salir MARÍA.) ¿Quién esperabas que pudiera estar junto al coche?

GOYO.- ¿No te lo imaginas?

SONIA.- No me digas que la has vuelto a ver...

GOYO.- Dos veces en lo que llevamos de semana.

SONIA.- ¿Y cómo no me lo has dicho hasta ahora?

GOYO.- No quise preocuparte... Además, el otro día no estaba muy seguro de que fuera ella.

SONIA.- ¿Dónde la viste?

GOYO.- Salía de una tienda, y cruzó por el paso de peatones donde yo estaba detenido con el coche. (**Pausa breve.**) Si era ella, creo que no me vio.

SONIA.- ¿Y la otra vez?

GOYO.- Ayer por la tarde. Y esta vez sí me intranquilité, porque al verla la sorprendí observándome detenidamente.

SONIA.- ¿Y dónde fue eso?...

GOYO.- Ahí bajo, en la calle, cuando arrancaba para ir a la oficina. Y no sé por qué, me dio la impresión de que ella no iba de paso.

SONIA.- ¿Qué quieres decir?

GOYO.- Que estuve mirándola a través del retrovisor mientras me alejaba calle abajo y no se movió de la acera. Por eso he pensado que quizás ahora no esté muy lejos de aquí... Tal vez dedicándose a rondar la casa.

SONIA.- Has hecho bien en apercibirme, porque así estaré pendiente cuando salga a la calle.

GOYO.- **(Tras una pausa breve.)** ¿Sabes si Adrián salió esta mañana?

SONIA.- No se lo pregunté a mi regreso... Pero no debió salir porque me lo habría dicho, y además, estuvo aquí para recibir a la chica y darle la nota que le dejé.

GOYO.- Es verdad... Me lo dijo por teléfono.

SONIA.- Luego hablaste con él.

GOYO.- Sí. Casi lo había olvidado.

SONIA.- **(Acercándose a GOYO, se sienta sobre sus rodillas al tiempo que le rodea el cuello con ambos brazos.)** Estás demasiado tenso estos días... Debes relajarte y olvidar tus problemas.

GOYO.- **(Algo rígido.)** ¿Olvidas que ésta no es mi semana?

SONIA.- Por supuesto que no. **(Con una sonrisa pícaro.)** Llevo mis cuentas con todo cuidado. **(Se aprieta junto a él y le besa.)**

GOYO.- **(Sin gran determinación.)** Vamos, Sonia, no es éste el momento... Déjate de juegos ahora.

SONIA.- **(Simpática.)** Pero si no es un juego, muchacho...

GOYO.- **(Más serio.)** Las normas, Sonia. Hay que respetar las normas.

SONIA.- (Sin cambiar su postura sobre GOYO.) Las normas se han inventado para violarlas. ¿No has oído decir eso a los políticos?

GOYO.- ¡Menuda tropa son los políticos!... Anda, mujer, que sabes lo serio que es Adrián para estas cosas.

SONIA.- Tranquilo, hombre. **(Atajando una leve protesta por parte de él.)** ¿Sabes? He estado charlando con María, y me ha contado algunos aspectos de su vida que son la mar de interesantes. ¡Se lleva una cada sorpresa con la gente!...

GOYO.- (Resignado.) ¿Qué te ha contado?

SONIA.- Bueno... Intimidades... Cosas personales que no creo le guste que yo vaya difundiendo por ahí.

GOYO.- ¿Insinúas que contármelas sería como difundirlas por ahí?...

SONIA.- (Riéndose.) ¡Ah! Con lo charlatanes que sois los hombres, ¡totalmente seguro!

(Entra ADRIÁN, que sin detenerse va hasta su sillón y se sienta, dejando libro, y bastón plegado, sobre la minimesita.)

(GOYO y SONIA no cambiarán en absoluto su postura.)

ADRIÁN.- (Entrando.) Pronto terminaste tu trabajo ¿no?...

GOYO.- Sí. Hoy parece ser que nadie estaba por soportar mi charla... Así que mis visitas han sido más breves que de costumbre.

ADRIÁN.- Bueno... Eso no es malo si los clientes te siguen formulando pedidos, ¿no?

GOYO.- No creas. No guarda relación lo uno con lo otro. Si a mayor conversación me hicieran mayores pedidos, te aseguro que para librarse de mí, algunos deberían amordazarme.

SONIA.- (A ADRIÁN, al tiempo que se levanta.) ¿Te imaginas a tu hermano amordazado? Si el médico le prohibiera hablar durante tres días, seguro que reventaba.

GOYO.- ¡Qué exagerada!

ADRIÁN.- (Que ha puesto un gesto extraño en el momento de comenzar SONIA su frase.) No voy a negar que Goyo, siempre ha sido algo parlanchín... ¿Pasaste por el taller de informática?

GOYO.- Sí. Hablé con el técnico, y como ya sospechaba, dijo que lo mejor será llevarle el ordenador al taller, porque tiene tanto trabajo que cree imposible poder venir a casa a revisarlo.

ADRIÁN.- Algo así temía que ocurriera.

GOYO.- Está visto que hasta que no se imponga el «bricolage casero» en las computadoras, tendremos que seguir siendo esclavos de los técnicos.

SONIA.- ¿Y eso?...

GOYO.- Claro. La necesidad de que todo funcione en un hogar hizo espabilarse a la gente, y a base de comprar libros, fascículos y herramientas, se ha solucionado casi todo, sin tener que esperar a que el fontanero, el electricista, o el pintor, tuvieran a bien «hacerte el favor» de visitarte.

ADRIÁN.- Eso es verdad. Pero que se le pueda meter mano a los ordenadores parece un poco más complicado ¿no?...

GOYO.- Será cosa de tiempo. Ya lo verás.

SONIA.- Pues es ya lo único que falta en casa, porque ese cuarto trastero donde guardáis las herramientas está que se sale. Y como encima me tenéis casi prohibido que ordene lo que guardáis allí...

GOYO.- Mujer, es que para poder ordenar las herramientas es necesario conocerlas.

SONIA.- ¿Quieres decir?...

GOYO.- Que no se trata de amontonar, o quitar trastos de en medio, sino de reunir los útiles afines para cada tipo de trabajo. Único sistema de encontrarlos después cuando se necesitan.

SONIA.- ¡Ya!... Te entiendo. (Cambiando el tono.) Como es aún pronto para comer, ¿os apetece tomar entre tanto algún aperitivo?...

GOYO.- A mí no. He tomado café con el último cliente que he visitado, un momento antes de venir.

SONIA.- (A ADRIÁN.) ¿Y tú?...

ADRIÁN.- Un poco de vermut. Por favor.

SONIA.- (Al tiempo que va hasta el mueble y prepara la bebida.) Yo he tomado un «gin-tónico» nada más llegar.

GOYO.- No sé cómo soportas la ginebra a estas horas con el estómago vacío. (Pausa breve.) ¿Qué menú tenemos hoy?

SONIA.- Comida preparada. Ya sabes que los días que viene la asistenta a trabajar, con todo revuelto en la cocina es casi imposible cocinar...

GOYO.- Entonces ya conozco el menú. Paella o pastas.

SONIA.- Las dos cosas. Paella para vosotros y una lasaña para mí... Menos el postre que lo tengo preparado en el frigorífico, encargué todo lo demás hace un rato y a la hora exacta vendrán a traerlo.

(Se dirige al sillón de ADRIÁN y le da el vaso poniéndolo en contacto con su mano.)

(ADRIÁN, al tiempo que lo coge con la izquierda, con la otra mano sujetará a SONIA firmemente por la muñeca.)

(SONIA, un tanto sorprendida le mira directamente a la cara.)

ADRIÁN.- (Seco.) ¿Qué fecha es hoy?

SONIA.- Dieciséis, jueves... ¿Por qué?

ADRIÁN.- (Soltándole la muñeca.) Es lo que pensaba...

(Sin agregar más comentario toma un pequeño sorbo de bebida, manteniendo luego el vaso en la mano, mientras pasa la yema de los dedos lentamente por el borde como distraído.)

(SONIA y GOYO cambiarán entre sí una mirada preocupada.)

GOYO.- (Con tono ligero, como queriendo romper el hielo.) Bueno. Pues aprovechando que aún me queda tiempo hasta que traigan esa comida que has encargado, voy al despacho a ver si paso a limpio un par de pedidos.

SONIA.- No creo que te dé tiempo para mucho más...

GOYO.- (Al tiempo que se levanta.) Hasta donde llegue, llegue.

(Recoge el portafolios y hace mutis.)

(Breve transición durante la cual, ADRIÁN sigue acariciando el vaso, y SONIA le mira preocupada.)

SONIA.- (Al momento.) Bien. Pues yo voy a la cocina a ver cómo lleva María la cuestión de la colada... **(Inicia el mutis tras coger su bolso que dejó sobre el centríto.)**

(Desde la puerta.) ¿Necesitas alguna cosa?...

ADRIÁN.- (Inexpresivo.) Nada.

(SONIA hace mutis.)

(ADRIÁN toma de un sorbo el resto de su bebida y a continuación se levanta, yendo sin prisa, hasta el mueble donde dejará el vaso.)

(Al momento aparece MARÍA en la entrada, que recorre con la mirada la estancia hasta posarla sobre los utensilios de limpieza.)

ADRIÁN.- ¿Quería alguna cosa?

MARÍA.- ¿Eh?... ¡Ah, no! Es que antes no terminé de limpiar aquí... ¿Le importa si termino en un momento?

ADRIÁN.- ¿Ha limpiado ya el jarrón de la entrada?

MARÍA.- No. Iba a hacerlo antes y me ha dado miedo tocarlo... Debe valer mucho ¿verdad?

ADRIÁN.- Bastante. Será mejor que por ahora no lo limpie hasta que se familiarice con él.

MARÍA.- Vale. ¿Acabo entonces esto?...

ADRIÁN.- Haga lo que quiera.

(Sin agregar nada va a su sillón, coge el libro y sigue con la lectura.)

(MARÍA, sin precipitarse, utilizará pulverizador y bayetas limpiando algunos muebles, y con naturalidad e inadvertidamente, dejará el sillón del tresillo fuera del sitio que ocupaba, obstaculizando el trayecto habitual de ADRIÁN hacia la salida.)

(Una vez concluida su labor que no alargará demasiado, inicia el mutis llevándose todos los útiles de limpieza.)

MARÍA.- ¿Necesita algo de mí ahora?...

ADRIÁN.- Nada. Gracias.

(MARÍA hace mutis.)

ADRIÁN.- (Para sí.) Con tanta interrupción no hay quien lea en esta casa...

(Se levanta, yendo al revistero de donde coge un libro y se dirige a la salida tropezando con el sillón, a causa de lo cual se le caerá.)

(Tras lanzar una imprecación duda un momento, y seguidamente regresa a su sillón cogiendo el bastón que desplegará.)

(Utilizándolo convenientemente va al lugar del tropiezo, tantea todo el entorno y restituye el sillón a su lugar habitual, descubre también el libro, lo recoge poniéndoselo bajo el brazo, y ya seguro pliega el bastón y marca el mutis.)

(Coincidiendo con el final de su acción.)

Si los videntes se quedaran ciegos, aunque sólo fuera un mes, aprenderían a ser personas ordenadas.

(Hace mutis.)

Escena IV

SONIA y GOYO, después ADRIÁN.

Suena el timbre del teléfono.

Tras oírse dos o tres veces el timbrado sin que nadie acuda a atender la llamada, lo hace SONIA, que entrará decidida yendo a descolgarlo.

SONIA.- (Respondiendo de pie junto al sofá.)
¿Dígame?... ¿Don Gregorio Moreno? Sí. ¿Quién llama?
(Pausa breve.) ¿Y no me puede decir su nombre?... ¿Qué no?... Pues lo siento mucho, Señora, pero si no lo hace no podré darle su aviso. **(Pausa breve.)** ¿Qué quién soy yo?
¡Vaya!, eso está bien. Mire ¿sabe qué le digo?, que voy a colgar si insiste usted en mantener el anonimato. **(Pausa breve.)** Bueno, pues como quiera.

(Cuelga el teléfono y permanece pensativa con los brazos cruzados.)

(Al momento.) No sé por qué, me parece que ha de ser ella... Y ya es atrevimiento por su parte, pues hasta hoy jamás había utilizado el teléfono...

(Ve el vaso que dejó ADRIÁN sobre el mueble, y sin prisa se dirige hasta él cogiéndolo. Al momento marca el mutis con el vaso en la mano.)

(Antes de llegar a salir, entra GOYO.)

GOYO.- ¿Has atendido tú el teléfono?...

SONIA.- Sí. Una mujer preguntaba por ti.

GOYO.- ¿Quién era?

SONIA.- No lo ha dicho. Preguntó por don Gregorio Moreno, y cuando inquirí su nombre respondió que quién era yo.

GOYO.- ¿Y se lo dijiste?...

SONIA.- No. **(Pausa breve.)** No sé por qué, me da la impresión de que era ella...

GOYO.- Eso mismo estoy pensando... Y no me gusta nada la idea, porque hasta ahora nunca se había atrevido a tanto.

SONIA.- Yo también me he hecho esa reflexión.

GOYO.- Aunque tal vez sea una coincidencia y la llamada la haya efectuado alguna cliente...

SONIA.- ¿Qué se niega a dar su nombre?...

GOYO.- Claro... No es lógico...

(Va hasta el sillón de la derecha pensativo y coge el libro de ADRIÁN que manoseará mientras sigue su diálogo.)

SONIA.- ¿Qué finalidad persigue esa mujer?

GOYO.- No puedo afirmarlo con exactitud... Tal vez sólo incordiar... O tal vez hacernos víctimas de algún chantaje...

SONIA.- Pero creo recordar según me dijiste, que ella no contaba con nada contra nosotros... Nada grave por lo menos.

GOYO.- No sé... Tal vez debiéramos tomar el toro por los cuernos y planear una entrevista con ella.

SONIA.- ¿Con qué fin?...

GOYO.- El de conocer sus armas, si es que las tiene, y saber qué pretende sacar de nosotros.

SONIA.- Me asusta pensar que de esa reunión pudiera salir algo grave...

GOYO.- ¿Como qué?

SONIA.- **(Dudando.)** Violencia... Un paso al frente sin retorno... No lo sé, pero temo el contacto.

GOYO.- De todos modos, yo intentaría dejarte a ti al margen de esa entrevista si llegara a producirse.

SONIA.- Pues no sabes cuánto te lo agradecería.

GOYO.- **(Cambiando a un tono más distendido.)** ¡Vaya!, creo que nos estamos comportando con poco sentido común... Dejemos las cosas como están y no nos preocupemos demasiado por algo que puede ser sólo aprensiones nuestras ¿no te parece?

SONIA.- ¡Ojalá! **(Marcando el mutis.)** Te aseguro que ese sería mi mayor deseo.

(Hace mutis.)

(Al quedar solo, GOYO deja el libro en su sitio, y mecánicamente con rostro enigmático llega sin prisa hasta el mueble del que, abriéndolo, saca una botella y un vaso que no llegará a utilizar.)

(En la entrada aparece ADRIÁN, que se detiene a un paso dirigiéndose a GOYO.)

ADRIÁN.- ¿Goyo?

GOYO.- **(Volviéndose con la botella y el vaso entre las manos.)** ¿Sí?...

ADRIÁN.- **(Con tono firme.)** Tenemos que hablar.

(Suenan la música que sirvió de sintonía al principio de la obra, y mientras ambos hermanos quedan estáticos dándose frente, cae el telón.)

FIN DEL PRIMER ACTO

Segundo acto

Cuadro primero

Escena I

ADRIÁN y GOYO, después BERTA.

Tras diez o doce compases de la melodía que se empleó anteriormente, subirá el telón, y unos segundos después desciende el volumen de la música hasta quedar en silencio.

Sentado en su sillón, ADRIÁN conversa con GOYO, que interpreta mientras marca espaciadamente algunos pasos por escena.

ADRIÁN.- Debiste hacerte fuerte, e impedir que Berta hubiera podido llegar hasta aquí.

GOYO.- Es fácil decirlo... Pero sabes que su firmeza de carácter le ha ayudado siempre a conseguir cuanto se ha propuesto.

ADRIÁN.- Pues esta vez no lo va a conseguir. **(Pausa breve.)** ¿A qué hora quedó en venir?

GOYO.- (Mirando la hora en su reloj.) No tardará ni diez minutos... Entre las cualidades de Berta siempre estuvo la puntualidad.

ADRIÁN.- (Despectivo.) Lo dices como si «sus

cualidades» hubieran sido numerosas...

GOYO.- No he querido decir eso... pero es igual. Como comprenderás no voy a convertirme ahora en su abogado defensor.

ADRIÁN.- (Tras una pausa.) ¿Crees que Sonia habrá recelado algo de todo esto?

GOYO.- Sonia sabe acerca de Berta lo que yo le he ido contando nada más, y en cuanto a la visita de hoy; ni la menor sospecha.

ADRIÁN.- No me gusta nada haber tenido que ceder a que Berta viniera hoy aquí, y aún no comprendo cómo no lo has impedido.

GOYO.- Mira, Adrián. Hay cosas que no desaparecen de nuestro entorno por el simple hecho de pretender ignorarlas. Sólo los niños se tapan los ojos con las manos, dando por cierto que la bruja desaparecerá con este solo hecho... Y nosotros ya no somos niños. Berta se ha convertido en nuestro problema y los problemas se resuelven atacándolos de frente...

ADRIÁN.- (Pensativo.) Veremos cómo sale la cosa... Aunque por mi parte no va a quedar.

(Breve transición durante la cual GOYO, llegando hasta la ventana, mira la calle a través de los cristales, y ADRIÁN coge un libro y juguetea preocupado con él.)

GOYO.- (Al momento, sonriente.) ¿Sabes de qué me estoy acordando?...

ADRIÁN.- ¿De qué?

GOYO.- Ha sido por asociación de ideas, al mencionar antes lo del juego de los niños cuando se tapan los ojos.

ADRIÁN.- ¿Sí?...

GOYO.- (Reiniciando su paseo espaciado.) De cuando pequeños jugábamos con los demás críos allá en el pueblo, «a coger» o a la «gallina ciega», y a ti no te dejaban participar si no te vendábamos también los ojos.

ADRIÁN.- No comprendían mi ceguera, y se admiraban de que con venda o sin ella no se me escapara uno... Lo que

no sabían era que me dejaba coger enseguida, para así ser yo quien buscase a los demás...

GOYO.- Y te vengarás dándoles pellizcos, o patadas en la espinilla haciendo como que tropezabas con ellos.

ADRIÁN.- ¡En efecto! Era mi manera de resarcirme por lo que ellos me hacían a mí a todas horas.

GOYO.- (**Tras una pausa breve.**) Se lo merecían... Al menos los hijos del vaquero con quienes tuve que pelearme casi todos los días, porque no dejaban pasar ocasión para perjudicarte.

ADRIÁN.- ¡Llegué a odiarles más que a las vacas!

GOYO.- También fue mala suerte que junto a nuestra casa hubiera una vaquería, y tener que estar siempre oliendo el appestoso olor de sus establos.

ADRIÁN.- Sobre todo en verano cuando apretaba el calor.

GOYO.- No sé cómo permitían en el pueblo tener una vaquería o una granja junto a casas habitadas por personas.

ADRIÁN.- (**Consecuente.**) Habría que saber qué se construyó primero, si la granja o la casa, porque algo similar sucede ahora en las capitales con la instalación de aeropuertos. Resulta que alguien se compra un piso próximo a uno de ellos, y luego se une a manifestaciones masivas contra el ruido de los reactores.

GOYO.- Bueno, pues tienes razón... (**Pensativo.**) A fin de cuentas resulta, que por una causa u otra no fuimos demasiado felices mientras permanecimos en el pueblo ¿verdad?

ADRIÁN.- No sé. No tengo un concepto muy claro de lo que hay que entender por felicidad.

(GOYO se detiene en el centro de escena mirando directamente a ADRIÁN.)

GOYO.- Es cierto que eso de la felicidad es muy relativo, pero creo que a nosotros no nos ha ido mal del todo, a partir del momento en que tomamos la decisión de no separarnos.

ADRIÁN.- Bueno... Por lo menos el sistema funciona.

GOYO.- (Dirigiéndose al sofá, donde se sienta.) La verdad es que sólo hemos vivido separados, los años que estuviste interno en la escuela especial. Al terminar tus estudios y reincorporarte a la familia fue cuando papá decidió que nos trasladáramos a la capital, y creo que ese fue nuestro punto de arranque decisivo, porque dejamos atrás el pueblo, la gente de allá, nuestros odiados compañeros de juegos y todo un estilo de vida.

ADRIÁN.- ¡Y aquella maldita vaquería!, no lo olvides.

GOYO.- (Riéndose.) Tienes razón.

ADRIÁN.- (Levantándose y yendo hasta el mueble-bar.) El cambio representó para nosotros una ruptura total con todo lo anterior.

(Mientras GOYO le observa con naturalidad, ADRIÁN saca del mueble dos copas y una botella de coñac.)

¿Te pongo también uno?...

GOYO.- Sí. Gracias.

ADRIÁN.- (Empleando el sistema propio de los invidentes para escanciar licor en un recipiente, consistente en colocar la yema del índice junto al gollete entre la botella y el borde del vaso, prepara dos copas, y tras tapar y guardar la botella en su sitio se desplaza con ambas copas en las manos hasta quedar junto al lugar que ocupa su hermano.) (Al tiempo que se la ofrece.) ¿Tienes idea de lo que pretende Berta con su visita?...

GOYO.- (Al tiempo que la recibe.) Dinero, por supuesto.

ADRIÁN.- ¿Mucho?...

GOYO.- No creo... Pero es igual. Pida lo que pida siempre será más del que nosotros estemos dispuestos a darle.

ADRIÁN.- (Tras tomar un sorbo pensativo.) Berta nunca fue trigo limpio, y es posible que nos reserve alguna sorpresa.

GOYO.- Sea lo que sea creo que no tardaremos en conocer sus planes. Pero puedes estar seguro de que no me voy a dejar sorprender... Después de todo fueron tres años los que pasamos juntos y eso proporciona una base para conocer sus reacciones.

ADRIÁN.- Sí. Aunque a las mujeres nunca se las llega a conocer del todo. Ya ves a Sonia... ¿Llegaste tú a sospechar lo que se traía entre manos?

GOYO.- (Tras beber un sorbo, pensativo.) Al igual que Berta, Sonia tampoco ha sido trigo limpio... El hecho de que la sacáramos de un «puticlub» para traerla a vivir aquí, no le daba precisamente una vitola de honestidad...

ADRIÁN.- (Al tiempo que regresa sin prisa a su sillón y se sienta.) Yo no voy a reprochar su condición moral... Lo que no puedo disculpar es su deslealtad... **(Pausa breve.)** Al menos en eso, Berta no falló.

(Suena el timbre del teléfono.)

GOYO.- (Dispuesto a atenderlo, sin prisa.) ¿Quién llamará a estas horas?...

ADRIÁN.- Tal vez sea Berta retrasando su cita...

GOYO.- Veamos. **(Descuelga y contesta.)** ¿Dígame?... No, Sonia no está en casa en este momento, ¿Quién la llama? **(Pausa breve.)** ¡Ah, hola, María!, no la había reconocido. **(Pausa breve.)** Ya... Pues no, no ha dejado ninguna nota para usted... No lo dijo pero tal vez en un par de horas estará aquí. **(Pausa breve.)** Sí, no se preocupe que le daré su recado... De nada. Adiós. **(Cuelga el teléfono y adoptará una postura relajada.)** Es extraño que ésta llame hoy, siendo que estuvo ayer aquí haciendo la casa...

ADRIÁN.- María también ha cambiado bastante, en menos de un mes que hace que vino por primera vez. Y desde luego tampoco me gusta su cambio.

GOYO.- No obstante, es mucho más eficiente en las labores domésticas que lo era su prima. Debemos reconocer haber ganado con el cambio.

ADRIÁN.- De todos modos he visto en ella algo que no me gusta, sobre todo en la gran confianza que se ha tomado con Sonia.

GOYO.- En eso no he reparado yo... pero también es cierto que en casa casi nunca coincido con ella cuando viene a limpiar.

(Suena el timbre de la entrada.)

ADRIÁN.- Esa debe ser Berta.

GOYO.- (Dejando su copa en el centrado se levanta y marca el mutis.) Como te decía antes; siempre puntual.

(Hace mutis.)

(Mientras queda solo en la estancia, ADRIÁN toma un nuevo sorbo de su copa, la deja a su lado junto al bastón y el libro, y poniéndose éste sobre las rodillas comenzará a leer.)

(Al momento aparecen en la puerta BERTA y GOYO, que le cede el paso.)

(Próxima a la cuarentena, BERTA es una mujer atractiva y bien formada, de carácter decidido, que utiliza ropa actual con algún toque de elegancia. A lo largo de su actuación, en la que no muestra ningún tipo de afecto hacia GOYO y ADRIÁN, adoptará un cierto aire crítico y el convencimiento de quien cree guardar algún triunfo en su manga, para mostrar durante el juego que va a emprender.)

GOYO.- (Cediendo el paso.) Pasa, Berta.

BERTA.- Gracias. (Llega hasta el centro donde se detendrá, mirando a ADRIÁN que no habrá cambiado de actitud.) (Seca.) Hola, Adrián.

ADRIÁN.- (Interrumpiendo su lectura.) Comprenderás que no te dé la bienvenida ¿no?

BERTA.- Estoy completamente segura de que lo dices tal como lo sientes. (Volviéndose hacia GOYO.) Sigue igual en todo ¿verdad?... Cinco años no han cambiado el carácter de tu hermano.

GOYO.- ¿Y por qué crees que debería cambiar?... Nosotros seguimos siendo los mismos y las circunstancias son similares. Podríamos decir que todo sigue igual.

BERTA.- (Mirando a su entorno.) La casa al menos está

como la dejé. **(Con ironía.)** No debe tener mucha iniciativa mi sustituta ¿no?... ¿O le prohibisteis también que modificara vuestro estilo «art-decó»?

GOYO.- Te lo explicamos muchas veces. A nosotros nos gusta esta clase de muebles, y nos revienta los diseños futuristas y surrealistas que se ponen de moda cada año.

BERTA.- Claro, sobre todo porque en un estilo actual no quedarían bien los «tapetitos que heredasteis de mamá» ¿no?

ADRIÁN.- No deberías estar en contra de esa moda, después de todo tú estás más cerca de ella que de la actual.

BERTA.- ¿Qué quieres decir?

ADRIÁN.- (Mordaz.) Que tú también pareces la misma Berta de antes... Con tu tono, tu expresión... Aunque esos cinco años transcurridos deben notársete en algo. **(A GOYO.)** ¿Cómo está de físico, Goyo?... ¿Se ha ajado mucho en este tiempo?...

(BERTA acusa el impropio en el gesto.)

GOYO.- (Irónico.) El tiempo no pasa en balde en cuanto al físico se refiere, sobre todo en la difícil edad de la cuarentena.

BERTA.- (Sonriendo incisiva.) Veo que seguís siendo los mismos cerdos que fuisteis siempre. **(Con una carcajada nerviosa.)** Aunque eso sí. ¡Cinco años más viejos! **(Tras una pausa breve mirándolos a ambos.)** Y bien. ¿Pensáis tenerme aquí de pie todo el rato o me vais a invitar a sentarme?

GOYO.- Por supuesto que te puedes sentar...

ADRIÁN.- Aunque no creo que tu visita vaya a ser excesivamente extensa...

BERTA.- (Yendo al sofá y sentándose distendida.) Eso dependerá de vosotros.

GOYO.- (Al tiempo que recoge su copa del centrito, que mantendrá en la mano.) ¿Te apetece tomar algo?

BERTA.- (Cambiando el gesto responde seria con tono apagado.) No... No bebo.

ADRIÁN.- ¡Vaya! ¡Eso sí es una noticia! **(Irónico.)**

¿Conseguiste por fin dejar la bebida?

BERTA.- (Con el mismo tono apagado.) He dicho que ya no bebo.

ADRIÁN.- (Mientras sigue el diálogo jugará con su copa tomando pequeños sorbos con ostentación.) Debió costarte mucho esfuerzo dejarlo ¿no?... ¿Lo pudiste hacer sola o te ayudaron en esa asociación para alcohólicos?... Tengo entendido que son muy eficaces. Y con las terapias de grupo y lo de repetir a todas horas, «soy una asquerosa borracha», alcanzan grandes éxitos ¿no?

BERTA.- (Seca.) No quiero hablar de ese tema.

ADRIÁN.- A lo mejor una vez rehabilitada, hasta has conseguido recuperar tu categoría en el tiro olímpico ¿no?

BERTA.- ¡Qué te importará mi afición con la cantidad de trabas que siempre me pusisteis para poder practicarla!

GOYO.- ¿Nosotros?...

ADRIÁN.- ¡Las trabas te las pusiste tú misma con tu gusto por el coñac!

BERTA.- No es cierto...

GOYO.- Venga, venga, Berta. ¿Vas a negar que al final hasta te descalificaron por ir al campo de tiro medio borracha?

BERTA.- ¡Yo nunca hice eso! Aquel día estaba enferma... **(Insegura.)** Además, entonces sólo tomaba una copa de vez en cuando... para concentrarme.

ADRIÁN.- (Tras una pausa breve.) ¡Ya!... Y ahora, ¿vuelves a practicar, o te tiembla tanto el pulso que ya no sirves para hacerlo?

BERTA.- (Nerviosa.) ¿Te importa si cambiamos de tema?

ADRIÁN.- Como quieras, mujer. Aunque sólo era un poco de curiosidad por mi parte...

GOYO.- (Cínico.) Aunque tú no lo creas, nosotros estábamos muy orgullosos de tener una campeona en la familia...

BERTA.- (Precipitada.) Bueno. Si no os importa, creo que deberíamos ir al grano ¿no os parece?

GOYO.- Como quieras, pero antes he de hacerte una aclaración.

(Mientras interpreta marcará algunos pasos por escena siempre jugueteando con su copa, de la que de vez en cuando beberá sólo mojándose los labios, cosa que hará, de manera que BERTA no deje de percibir.)

De las conversaciones que tú y yo hemos mantenido en los dos últimos meses, Adrián no tiene noticia exacta puesto que le he informado sucintamente de ellas, por lo que será conveniente que le cuentes ahora cuanto me expusiste a mí.

BERTA.- (Molesta.) No te creo ni una palabra.

GOYO.- Te aseguro que no te engaño.

BERTA.- ¡Venga, hombre! ¿Crees que me voy a tragar esa patraña conociéndoos? Eso no es más que una táctica tuya para sonsacarme y hacerme hablar.

ADRIÁN.- (Aparte.) No ha caído en la trampa. **(A BERTA, mordaz.)** Sigues siendo tan mal pensada como siempre, pero eres libre de creer lo que quieras... De todos modos, será mejor que empieces por el principio si hemos de llegar a algún acuerdo.

BERTA.- (Resuelta.) Bien. Quiero marcharme a otra ciudad.

ADRIÁN.- ¿Quién te lo impide?

BERTA.- (Como si no le hubiera oído.) Y trasladar allí mi negocio. Y todo eso me supone un esfuerzo económico superior al que yo sola puedo afrontar. Por eso me he decidido a recurrir a vosotros... Para que me ayudéis económicamente.

GOYO.- ¿Y qué pasa? ¿Qué no funciona bien tu peluquería?... Es una peluquería lo que tienes ahora ¿verdad?

ADRIÁN.- No sabía que te habías hecho peluquera...

BERTA.- (Puntualizando.) «Estilista y esteticien», si no te importa.

ADRIÁN.- (Riendo cínico.) ¡Anda, que en estos tiempos disfrazan las cosas con cada nombrecito!...

BERTA.- (A GOYO.) El negocio funcionaría si no hubiera tanta competencia... porque en mi misma calle hay tres salones.

ADRIÁN.- ¿De té?

BERTA.- (Molesta.) ¡De peluquería! ¡Llámallo así si te da la gana! **(Con tono normal tras una pausa breve.)** Por eso he buscado otra ciudad donde tendría menos competencia que aquí.

ADRIÁN.- Lo que no entiendo es qué tenemos nosotros que ver con tus proyectos comerciales, ni mucho menos por qué has llegado a pensar que estemos dispuestos a ayudarte económicamente.

BERTA.- Porque tres años de vida en común con vosotros me dan derecho a poder esperar una ayuda ¿no?

ADRIÁN.- (A GOYO.) ¿Qué piensas tú de esto?...

GOYO.- Bueno, eso sí lo hemos comentado varias veces; Berta se fue de casa porque quiso...

BERTA.- ¡No es verdad. Vosotros me echasteis!

GOYO.- (Como si no la hubiera oído.) Y si yo, particularmente, no le insistí demasiado en que siguiera aquí con nosotros, fue porque su conducta había llegado a un punto que dejaba bastante que desear.

ADRIÁN.- En eso coincido contigo.

BERTA.- ¡Pero qué bordes sois los dos! ¿Vais a negar que me hicisteis la vida imposible?...

ADRIÁN.- ¡Berta! ¡Cualquiera que te oiga!...

BERTA.- (Incrédula con lo que oye.) ¡Pero... si hasta me pegaste!...

ADRIÁN.- ¡Venga, venga! No levantes falsos testimonios. ¡Mira que decir que te pegué!...

BERTA.- ¡Qué cínico eres!...

ADRIÁN.- (A GOYO.) Veo que Berta sigue con sus fantasías.

BERTA.- (Protestando.) ¿Fantasías?...

ADRIÁN.- (A BERTA atajando su protesta.) Que hemos vivido aquí los tres, es cierto, como también es cierto que los tres años pasados juntos no han sido siempre un lecho de rosas... Que todos tenemos nuestro genio, no lo vamos a negar, ni que nuestras discrepancias nos hayan proporcionado más ratos malos que buenos. Todo ello, unido a «tu problema» de los últimos meses, contribuyó a que decidiéramos interrumpir nuestra vida en común, y en su

momento expusimos con mucha claridad que lo dejábamos definitivamente y sin ningún tipo de obligación para el futuro... Tú te llevaste tus cosas...

BERTA.- (Despectiva.) ¡Mis cosas!...

ADRIÁN.- Entendiendo por «tus cosas» todo lo que te compramos en tres años, y lo que pudieras haber ahorrado, de lo cual no te pedimos jamás ningún tipo de cuenta. ¿A qué viene ahora que hables de derechos? ¿Derechos a qué?

BERTA.- Valoras en muy poco lo que habéis recibido de mí.

ADRIÁN.- ¿Eso crees?

BERTA.- Pero es igual... Las cosas han cambiado últimamente, y donde antes sólo se reconocían derechos legales por matrimonio, ahora también se tiene en cuenta la convivencia de hecho, e incluso los tribunales conceden pensiones de viudedad a mujeres que no estuvieron casadas con el fallecido.

GOYO.- Es cierto que las leyes cambian en España más deprisa que las costumbres, pero por el momento la sociedad sólo reconoce «parejas de hecho»... Y lo nuestro fue «un trío de hecho»; ¿crees que un tribunal aceptaría una convivencia así para determinar algún tipo de pensión o indemnización?

BERTA.- Podríamos salir de dudas muy fácilmente.

GOYO.- ¿Cómo?

BERTA.- (Con aplomo.) Acudiendo a un Tribunal.

GOYO.- (Con una risa incrédula.) ¡Anda ya! ¿Y qué le ibas a contar al juez; que te engañamos abusando de tu candidez?

ADRIÁN.- (Apostillando.) ¿O que tal vez fuiste tú la que nos sedujiste para pervertirnos?...

BERTA.- No. Le contaría la verdad. Que la convivencia en triángulo es habitual entre vosotros. Que ni fui yo la primera que vivió así en esta casa ni he sido la última. Y que seguís siendo unos degenerados. ¿O crees que no sé con quién vivís ahora? Para que lo sepáis, he estado hablando con Sonia en varias ocasiones, y nada de lo que pasa aquí me es ajeno.

(Breve transición en la que los tres se observan en silencio.)

ADRIÁN.- (A GOYO.) Todo esto viene a demostrar que nos equivocamos al contratar a Berta, ¿no crees?

GOYO.- Sí, creo que sí.

BERTA.- (Sorpresa.) ¿Al contratarme?... ¿Cómo al contratarme?

ADRIÁN.- (Con tono reposado.) Naturalmente eso es lo que le diríamos al juez, que hicimos un contrato a tres bandas en el que cada cual aceptaba su parte en el juego y asumía libremente sus riesgos... Y que por supuesto el contrato no era de duración indefinida...

BERTA.- ¡Qué tontería! ¡No existen contratos así! ¿Quién iba a creer que se puede firmar un papel con esa cantidad de irregularidades legales?

ADRIÁN.- Así es. Nadie se atrevería a firmar un papel donde se estipularan condiciones, digamos «extrañas»... Pero los contratos no son necesariamente documentos físicos extendidos ante notario. Un acuerdo verbal entre personas mayores de edad tiene tanta validez como una escritura... Sobre todo si se demuestra que se han cumplido todos sus puntos por las partes a lo largo de tres años, sin haber existido ningún tipo de reclamación... ¿O en los tres años que «disfrutaste» de nuestra compañía, manifestaste deseos de romper alguna vez con nosotros?

BERTA.- (Confundida y enfadada.) ¡Mira Adrián, no me lées!... Tú con toda tu labia podrás llevar al huerto a cualquiera que no te conozca, ¡pero a mí, no!

GOYO.- (Suave y sonriente.) Vamos, Berta, no te alteres...

(Mientras interpreta va al mueble y saca la botella de coñac de la que vierte una pequeña cantidad en su copa que sigue manteniendo en la mano. Seguidamente escancia otra porción en la copa de ADRIÁN, y por último, tras acabar de rellenar su propia copa, deja con naturalidad la botella destapada, sobre el centrío frente a BERTA.)

(Esta operación no pasa inadvertida a BERTA que sin querer seguirá con su mirada todo el trayecto que sigue la botella.)

Somos personas civilizadas y como tales debemos comportarnos... Lo de llegar hasta un juzgado es una tontería que hay que descartar, y no sólo porque lo normal es que cualquier juez archivaría la denuncia...

BERTA.- (Interrumpiendo.) ¿Tú crees?

GOYO.- No es fácil que exista jurisprudencia acerca de conflictos matrimoniales como el nuestro... Y por otra parte, ¿qué contarías al tribunal?, ¿qué cada semana cambiabas de hombre en tu cama?... Y si te preguntaran, ¿responderías dando detalles de quién satisfacía mejor tus necesidades?...

ADRIÁN.- (Burlón.) A lo mejor te hacías famosa, y después del juicio te contrataban para ir a «Tómbola».

BERTA.- (Hiriente.) ¡Muy gracioso!

GOYO.- Hay que pensar con sensatez. Airear nuestras debilidades humanas no nos beneficiaría en nada, y llegados a este punto, considero que lo más sensato por parte de todos sería dejar las cosas como están y seguir cada cual su propio camino.

BERTA.- (Que progresivamente habrá ido avanzando en un estado de cierta ansiedad atraída por la bebida, se levanta como deseando apartarse de la botella a la que seguirá mirando a hurtadillas.) Precisamente eso es lo que quiero hacer... Seguir mi camino y no volver más por aquí, pero, para poder hacer eso tenéis que ayudarme... Después de todo, y a pesar de lo que has dicho en mi contra, algo sí me debéis.

ADRIÁN.- Ni un duro, Berta. Ceder ahora con cualquier cantidad sería abrir una cuenta corriente, de donde más tarde intentarías seguir cobrando cheques. Conocemos muy bien como funciona eso de los chantajes, ¡y no vamos a pasar por eso!

BERTA.- (Nerviosa.) ¡Pero qué mezquino eres!

ADRIÁN.- No empeores tu situación insultándome. Piensa que ya he aguantado bastante consintiendo que vinieras a esta casa a alterar nuestra paz.

BERTA.- ¿Vuestra paz? ¿La paz de quién; la de la casa?, ¿la de dos degenerados seminútiles, o la de esa zorra que os está poniendo los cuernos con otra persona?

GOYO.- Estás desbarrando, Berta.

ADRIÁN.- ¿Cómo puedes hablar así de nosotros? ¿Dónde has adquirido tú patente de moralidad, en la liga de alcohólicos?... ¿No será que estás otra vez borracha?

BERTA.- (Muy nerviosa.) ¡Yo ya no bebo!...

(Mientras sigue la conversación, GOYO con naturalidad, se habrá situado a la derecha de BERTA dando frente al público, manteniendo esta posición hasta el momento que se indique.)

Es verdad que he estado en tratamiento, pero ahora estoy curada y hace más de seis meses que no he probado ni una gota. ¡Y no voy a caer en la trampa!

ADRIÁN.- ¿En qué trampa?

BERTA.- ¡No lo niegues! ¡Pretendes sacarme de mis casillas para poder librarte de mí, para que salga de esta casa fracasada, sin posibilidad de conseguir un cambio que mejore mi vida lejos de aquí!

ADRIÁN.- No, Berta. Tu vida no va a cambiar nada ni aquí ni fuera de aquí, porque donde vayas seguirás siendo la escoria que llevas dentro... Nunca dejarás de ser una cualquiera alcoholizada.

(Coincidiendo con el final de esta frase, GOYO, cambiando la copa a su mano izquierda, extiende ésta sin mirar, situándola a un palmo de la cara de Berta.)

BERTA.- (Con odio a ADRIÁN.) ¡Cerdo!...

(Tras su impropio, inconscientemente toma la copa y la vacía de un trago.)

(Inmediatamente sufre la conmoción consistente en toses y una especie de ahogo, que generalmente provoca en cualquier alcohólico en tratamiento, la ingestión de una dosis fuerte de bebida.)

(A GOYO que le retira la copa de la mano.) ¿Por qué me has hecho esto?...

GOYO.- (Con tono cínico.) Vamos mujer, no disimules... De vez en cuando es bueno tomar una copa ¿no?...

(Con sollozos sofocados, por la rabia unida a la reacción de la bebida, BERTA se dirige a la salida maldiciendo a GOYO y ADRIÁN.)

BERTA.- Sois tal para cual... perversos e inhumanos, pero me las pagaréis... ¡Os juro que me las pagaréis aunque sea lo último que haga en la vida!... Me las pagaréis...

(Hace mutis.)

ADRIÁN.- (A GOYO, al tiempo que sale BERTA.)
Anda. Acompáñala no vaya a vengarse rompiendo el jarrón de la entrada.

GOYO.- (Con sonrisa cínica.) No lo hará...

(Dejando la copa sobre el centrado hace mutis tras BERTA.)

Escena II

ADRIÁN y GOYO, después SONIA.

Al quedar solo ADRIÁN, se levanta llevando su copa hasta el mueble donde la dejará. A continuación, sin prisa, vuelve a su sillón permaneciendo de pie junto a él. Al momento regresa GOYO.

GOYO.- (Entrando, con la sonrisa de antes.) No ha roto nada.

ADRIÁN.- Ese jarrón no debería estar allí. Es una

tentación para cualquiera con mala idea.

GOYO.- (Riéndose.) Después de todo, aunque parece un «sèvres» auténtico no deja de ser una imitación de moderado precio.

ADRIÁN.- Sí, pero peligra ante un despechado que quisiera fastidiar. **(Pausa breve.)** ¿Cómo te las has arreglado para que se bebiera el coñac?

GOYO.- ¡Psicología, hermano! Le arrimé la copa a los labios en el momento preciso.

ADRIÁN.- Muy inteligente por tu parte... Creo que tardaremos en volver a verla por aquí.

GOYO.- Eso espero.

(Sigue el diálogo mientras GOYO lleva y guarda la botella en el mueble, y recoge las copas utilizadas con idea de trasladarlas a la cocina.)

ADRIÁN.- Aunque no te ocultaré, que antes de la entrevista no las tenía todas conmigo.

GOYO.- Tal vez si hubiéramos permitido que nos visitara antes habría mostrado mayor seguridad, pero mis excusas retrasando la cita, y su situación laboral empeorando, parece que han incidido en su ánimo.

ADRIÁN.- ¡Y el remate final de su copa de coñac!

GOYO.- Eso sí ha sido un verdadero golpe de suerte a nuestro favor.

ADRIÁN.- (Prestando atención.) Me parece que Sonia acaba de entrar.

GOYO.- Vaya. Pues casi deben haberse cruzado en el patio. **(Pausa breve.)** Voy a llevar esto al fregadero...

ADRIÁN.- Bien.

(GOYO hace mutis.)

(ADRIÁN se sienta de nuevo y tomando el libro reiniciará su lectura.)

(Al momento entra SONIA que viste ropa de calle distinta a la del primer acto.)

SONIA.- ¡Menudo día he llevado! (Se sienta pesadamente junto al sofá, al tiempo que deja el bolso sobre el centrado.) ¡Vaya olor a coñac que hay en el ambiente! Os habréis puesto tibios ¿eh?

ADRIÁN.- (Dejando de leer.) Habrás tropezado con Berta al entrar en el patio ¿verdad?

SONIA.- ¿Como?... ¿Con Berta? No te entiendo.

ADRIÁN.- Ella ha estado aquí esta tarde, cosa que tú sabrías se iba a producir, y entre otras cosas bastante interesantes, nos ha dicho que habéis mantenido más de una entrevista, ¿a qué viene pues que te hagas la despistada?

SONIA.- (Tras una pausa breve.) Bueno... Después de todo qué más da que lo sepas. A fin de cuentas no tengo por qué ocultarlo.

ADRIÁN.- Bien, al menos podremos hablar con franqueza.

SONIA.- ¿Y qué ha contado de mí?

ADRIÁN.- Más que contar cosas de ti, ha dejado entrever que en vuestros contactos no te has privado de criticarnos.

SONIA.- ¿Eso ha dicho?...

ADRIÁN.- Y ha dejado caer que te entiendes con otra persona. ¿Es eso cierto?

SONIA.- (Tras una ligera vacilación.) Eso sí que es ir directo a un tema sin andarse por las ramas.

ADRIÁN.- (Apremiante.) ¿Es verdad o no?

SONIA.- (Como sopesando la respuesta.) Pues sí. También es verdad; aunque no esperaba que Berta se hubiera ido de la lengua en esa cuestión.

ADRIÁN.- No vayas a pensar que me sorprende el que hayas hecho una cosa así. Con antecedentes como los tuyos se puede esperar cualquier cosa.

SONIA.- Lo dices como si tú fueras un santo.

ADRIÁN.- ¿Vas a comparar?

SONIA.- ¿Por qué no? ¿O es que tú tienes bula para hacer

lo que quieras sin que se te pueda criticar?

ADRIÁN.- Hace menos de una hora, Goyo y yo recordábamos de dónde te habíamos sacado para venir a esta casa, y cual era tu, digamos profesión, y desde luego coincidíamos en que la honestidad no era precisamente tu mejor virtud.

SONIA.- ¡Mira qué bien! Pues te diré algo. Gracias a las entrevistas que he tenido con Berta, he podido acabar de formarme un juicio más exacto de la clase de bichos que siempre habéis sido Goyo y tú, si es que no tenía ya bastante con mi experiencia de cinco años aguantándoos.

ADRIÁN.- ¿Tanto esfuerzo te ha costado vivir aquí?

SONIA.- Pues mira, sí. Puestos ya a mostrar las cartas boca arriba por qué no decirlo todo. (**Incisiva.**) Sobre todo «a ti», sí me ha costado soportarte.

ADRIÁN.- (**Tras una pausa breve.**) Encontrar en tu comportamiento algún sentido de moralidad era cosa difícil de esperar, pero al menos, lealtad para con quienes te sacamos de un prostíbulo, es algo que sí debías haber observado.

SONIA.- (**Soliviantada.**) ¡De prostíbulo nada! Me conocisteis trabajando en un bar de copas.

ADRIÁN.- (**Puntualizando.**) «Un club de alterne».

SONIA.- ¡Aunque así fuera! Y en todo caso ¿qué es lo que habéis estado haciendo conmigo estos cinco años, sino prostituirme?

ADRIÁN.- ¡Sabes que eso no es cierto!... Y por otra parte, no hemos hecho nada que no hubiéramos pactado hacer antes de montar nuestra convivencia.

SONIA.- (**Burlona.**) «Nuestra convivencia»... (**Al tiempo que se levanta y marca algunos pasos por escena.**) Vaya «título» que le da el mozo a la clase de relaciones que se mantienen en esta casa... Pues no te puedes imaginar lo harta que me tiene ya «nuestra convivencia».

ADRIÁN.- ¿Y si tan harta estás, por qué no lo has dejado?

(**Se levanta con naturalidad y se mueve rodeando su sillón, hasta quedar apoyado sobre el respaldo, dando frente a partir de ahora al lugar de donde provenga cada vez la voz de SONIA.**)

¿Crees acaso que nosotros te habríamos obligado a permanecer aquí contra tu voluntad?

SONIA.- ¡Quién sabe! De dos degenerados como vosotros se puede esperar cualquier cosa.

ADRIÁN.- Mira Sonia, (**endureciendo el tono.**) te aconsejo que no sigas con tus insultos, cuando en vez de eso debías agradecer todo lo que hemos hecho por ti.

SONIA.- ¿Por mí?... (**Agresiva.**) ¡Mira! Me he ganado a pulso lo que me habéis dado en este tiempo, y la mayor parte de las veces venciendo la repugnancia que me produce tu contacto, ¿entiendes?

(Mientras sigue el diálogo, a ADRIÁN se le verá muy atento al movimiento por escena que realiza SONIA.)

ADRIÁN.- Eso que acabas de decir es altamente ofensivo, y no voy a consentirte que sigas provocándome.

SONIA.- (**Desafiante.**) Impídelo si puedes. ¿Crees que me asustas?

ADRIÁN.- Te lo advierto. Me estás insultando y puedo hacértelo pagar muy caro.

SONIA.- (**Burlona, provocándole.**) ¡Ya ves el «miedo» que te tengo! ¡Asco, asco es lo que me das!, ¿te enteras?

(Aprovechando la proximidad de SONIA en el momento de terminar esta frase, ADRIÁN se lanza sobre ella sujetándola por el cuello con la mano derecha y largándole un bofetón con la izquierda, golpe que ella llegará a medio detener con su brazo.)

ADRIÁN.- (**Unido a su acción.**) ¡Golfá! ¡Te vas a arrepentir!...

SONIA.- (**Sorprendida, desasiéndose con cierto trabajo.**) ¡Ay!... ¡Cerdo!... ¡Ciego de mierda!

ADRIÁN.- (**Con odio.**) ¡Te haré pagar ese insulto!...

(Va directo a la minimesita y cogiendo el bastón lo despliega en un tercio de su longitud. Blandiéndolo como un palo marca su salida de la estancia siguiendo a SONIA, que asustada ha echado a correr hacia el mutis profiriendo insultos.)

¡Yo te enseñaré a respetarme, golfa!... ¡Yo te enseñaré!

(Hará mutis tras ella.)

(Se hace un oscuro total que señala el final del Cuadro Primero.)

Cuadro segundo

Escena I

ADRIÁN, GOYO y MARÍA.

El tiempo que ha de permanecer el oscuro, se intentará sea el mínimo necesario para que desaparezca el bolso que quedó sobre el centrito, y ADRIÁN regrese y se sienta en su sillón, habiendo colocado el bastón plegado en la minimesita y un libro abierto sobre sus rodillas, en el que lee.

Durante todo el intermedio habrá estado sonando la música antes utilizada.

Vuelve la luz, cesa la música y comienza la acción.

GOYO.- (En el interior.) No le voy a ocultar que su visita ahora la considero, cuanto menos, inoportuna.

(Aparece en la entrada GOYO cediendo el paso a MARÍA.)

MARÍA.- (Entrando y situándose junto al sofá.) (A GOYO.) No me extraña. Pero me creo con derecho a venir en este momento, para arreglar algunas cosas pendientes. (A ADRIÁN, que no responde.) Buenas tardes.

(MARÍA viste de calle, se sugiere un traje chaqueta o similar, que le dé un aspecto serio a la vez que elegante.)

GOYO.- Siéntese si le apetece.

MARÍA.- Gracias, pero prefiero esperar de pie.

GOYO.- Como quiera. No obstante le advierto que Sonia aún tardará en salir del baño.

MARÍA.- (Tras una corta vacilación.) Bien, en tal caso, me sentaré.

(Lo hará en el sillón junto al sofá.)

(GOYO, que mostrará en el gesto no haberle gustado que MARÍA ocupe su sillón, se dirigirá hacia la zona del mueble bar permaneciendo junto a él.)

ADRIÁN.- (Al momento.) Huele usted a hombre.

MARÍA.- (Mirándole dos segundos en silencio.) ¿Es una observación, o tal vez un insulto?

ADRIÁN.- No sé qué pueda parecerle a usted, pero lo que digo es que se ha perfumado con «Agua Brava» y huele a hombre... Por cierto, esa colonia no le gusta a Sonia. Ella prefiere que «sus hombres» huelan a «Brumel».

MARÍA.- (Un tanto irónica.) A pesar de todo, no puedo dejar de admirar sus cualidades como observador, aunque «las demás» me parezcan despreciables.

ADRIÁN.- Veo que ha venido enarbolando la enseña de guerra...

MARÍA.- No me gusta ir con rodeos ni acostumbro a dorar la píldora a la gente... Y mucho menos si trato con alguien que me parece tan antipático como usted.

ADRIÁN.- Franqueza por franqueza le diré, que usted me parece una marimacho insoporable.

GOYO.- (**Atajando una incipiente réplica violenta de MARÍA.**) ¡No proteste, María, no proteste! Esta vez se ha buscado usted el exabrupto... Coincida conmigo, en que no se puede ir a una casa ajena a insultar a su dueño.

MARÍA.- (**Conteniéndose.**) Vamos a dejar la cosa como está. Yo no he venido hoy a esta casa ni a insultar a su dueño ni en visita de cortesía. Si estoy aquí es porque aquí está Sonia y he quedado con ella.

ADRIÁN.- Ya por poco tiempo. ¿No le ha dicho que se va?

MARÍA.- Me ha dicho eso y más cosas... Estoy segura que bastantes de ellas no les gustará mucho a ustedes que las sepa.

GOYO.- Bueno. ¿Qué nos puede importar a nosotros que usted sepa, o crea saber, las cosas que Sonia le haya contado?

ADRIÁN.- (**Mordaz.**) ¡Quién sabe, Goyo. Quién sabe!... Si tenemos en cuenta que en María todo es especial...

MARÍA.- ¿Qué insinúa?

ADRIÁN.- No insinúo. Afirmo que usted y sus circunstancias, forman un conjunto bastante especial. Tanto como para no poder exigir normalidad a los demás. ¿O cree que ignoramos su vida y milagros?

MARÍA.- Si por «vida y milagros» entiende usted mi pasado, sólo puedo decir que nadie escoge su cuna ni su familia. Si se refiere al presente le diré que me lo he hecho yo a mi gusto, por lo que me da igual lo que los demás puedan pensar. Y no creo diferir demasiado de las «circunstancias» que a ustedes atañe, porque lo suyo sí es para escribir una novela.

GOYO.- (**Marcando algunos pasos por escena.**) Bueno. Un intercambio de acusaciones no creo que vaya a conducirnos a ningún fin. Usted ha venido a ver a Sonia ¿no es eso?

MARÍA.- A ver a Sonia y acompañarla al médico, que es lo que ella me ha pedido que haga.

GOYO.- ¿Y después?...

MARÍA.- ¿Después de qué?

GOYO.- Si Sonia le ha pedido algo más para después... Como formar pareja, o irse a vivir juntas, o algo por el estilo.

MARÍA.- ¿Qué les puede importar lo que Sonia haga una vez abandone esta casa? ¿Se han preocupado ustedes tal vez, de lo que hayan hecho sus anteriores compañeras?... ¿Por qué con Sonia debería ser distinto?

GOYO.- Después de todo, Sonia es la más reciente de ellas. Tanto que todavía come, duerme y vive en esta casa. Entonces, ¿por qué no nos habría de preocupar?

ADRIÁN.- No insistas, Goyo. A fin de cuentas qué importa que se emparejen... En cuanto a nosotros, el hecho de que Sonia se vaya no es algo que nos pueda sorprender, viene a ser la demostración de lo desagradecido que es el género humano.

(MARÍA emite una risa incrédula al tiempo que saca un paquete de cigarrillos, encendiendo uno que fumará.)

MARÍA.- ¡Es tremendo su cinismo! **(Atajando a GOYO.)** No, no me ataje ahora porque esto no es insultarle; es sólo «reconocerle» una cualidad. ¡Con menuda gente ha ido a dar Sonia!...

ADRIÁN.- ¿No será al revés?...

MARÍA.- **(Sigue como si no le hubiera oído.)** Así que lo que ustedes hacen con las pobres infelices que se avienen a convivir aquí, es algo que además les deberían agradecer.

ADRIÁN.- ¿Por qué no? Sonia no ha dejado una familia estable ni un porvenir sólido, a cambio de la vida cómoda que aquí ha encontrado. Nadie le ha obligado a hacer nada que ella no haya aceptado de antemano, y siempre ha tenido abierta la puerta y la posibilidad de volver a su pasado.

MARÍA.- ¡Vamos! Planteado de ese modo para cualquier mujer esto es poco menos que un chollo.

GOYO.- Más o menos.

MARÍA.- Y puestas las cosas así, ustedes serían unos benefactores filántropos, dedicados a acoger pobres chicas descarriadas sin fortuna ni porvenir ¿eh?

ADRIÁN.- Usted lo ha dicho.

MARÍA.- ¡Claro! Y por descontado, a proporcionarles una vida cómoda y un trato amable ¿no?

GOYO.- Así es.

MARÍA.- **(Molesta.)** ¡Pero bueno! ¿Y es que la violencia no cuenta?

ADRIÁN.- Mire; todos tenemos nuestras reacciones. Algunos las exteriorizan con brusquedad en periodos fugaces, y a eso le suelen llamar violencia. Otros sin embargo, que parece no se alteran por nada, soterradamente van martirizando día a día a quien está a su lado. ¿Cómo se le llama a eso? Ande, califíquelo usted misma.

MARÍA.- No. No voy a ayudarle a calificar nada ni creo que Sonia sea de las personas que martirizan a nadie... Usted pretende justificar lo injustificable.

ADRIÁN.- **(Con una sonrisa.)** ¿Sabe qué le digo?... Que a pesar de todo no me importaría tenerla a usted como contertulia habitual.

MARÍA.- ¡Ah!, ¿sí?

ADRIÁN.- Es algo primitiva, pero con cierta claridad de ideas.

MARÍA.- **(Displicente.)** Está visto que, hasta elogiando, ofende.

Escena II

Los mismos y SONIA

En la entrada aparece SONIA.

Viste de calle como dispuesta para salir, con la misma ropa de su intervención anterior complementada con algún detalle.

Usa gafas de sol oscuras, que no llegan a tapar del todo una moradura importante que le cubre un ojo, y también al otro lado de la frente, lucirá un pequeño esparadrapo.

Actúa con normalidad, mostrando gran resentimiento hacia ADRIÁN.

MARÍA.- (Levantándose al verla entrar.) ¿Cómo te encuentras?... (Apaga el cigarrillo en el cenicero.)

SONIA.- Ya ves. Hecha un adefesio. (Llega hasta el centrillo junto al cual permanecerá de pie.)

MARÍA.- (Se sitúa junto a ella dándole frente y observándola solícita.) (Al tiempo que le quita suavemente las gafas.) A ver cómo está esto... (Examinándola.) ¡Qué barbaridad!... ¿Y a esto el ciego se atreve a llamar «una brusquedad fugaz»?... ¡Menudo bestia es el mozo!

(GOYO se habrá situado mientras tanto con naturalidad tras el sillón de ADRIÁN, apoyándose en él, y observando a ambas mujeres sin perder detalle.)

¿Te duele?...

SONIA.- Con sólo rozarme veo las estrellas.

MARÍA.- ¿Y ves bien, o tienes algún problema de visión?

SONIA.- Con este ojo veo turbio, pero tal vez sea por la hinchazón... Ya veremos lo que dice el médico. (Se vuelve a colocar las gafas con cuidado.)

MARÍA.- De verdad deseo que no sea nada importante, por tu bien desde luego, pero como te haya producido alguna lesión, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que esta pareja no se salga de rositas.

ADRIÁN.- (Indolente.) ¿Piensa denunciarnos?...

MARÍA.- ¿Por qué no? Afortunadamente para nosotras de un tiempo a esta parte, la justicia está muy sensibilizada contra todo tipo de agresiones a la mujer.

GOYO.- Sonia tendría que dar muchas explicaciones a un tribunal para que éste se inclinara a su favor. ¿No crees, Sonia?

SONIA.- De momento no me he planteado denunciaros, pero tal vez lo haga. Gracias a mis charlas con Berta, ahora tengo muchos más datos a mi favor para poder presentarle a un juez. Porque no te dio el resultado que pretendías todo aquel cuento de que Berta preparaba algo contra mí ¿sabes?

MARÍA.- No me acabaste de hablar de ese asunto...

SONIA.- Es de lo más infantil. Aprovechó que Berta rondó un par de veces la casa semiocultándose, con intención de tener una entrevista con ellos y pedirles ayuda, para inventarse un cuento de miedo en el que yo era la víctima elegida.

ADRIÁN.- (Asintiendo.) Y te lo creíste.

SONIA.- No voy a negar que al principio me inquietó el asunto, pero enseguida caí en la cuenta que era absurdo ese tipo de acoso por parte de ella, cuando Berta tenía fácil verme si de verdad quería hacerlo.

MARÍA.- Así que contigo no iba nada...

SONIA.- Al revés. Berta fue otra víctima de estos, y cuando se cansaron de ella se las arreglaron para echarla de casa.

GOYO.- ¡Aquí nunca hemos echado a nadie!

SONIA.- ¡Ya! (A MARÍA.) Parece ser que cuando la chica se enteró de que éstos querían desprenderse también de mí, intentó ponerse en contacto conmigo para advertirme que tuviese cuidado. Y por eso Goyo jugando a dos bandas, pretendió confundirnos a las dos inventándose la historia.

MARÍA.- (Irónica.) Muy sagaz...

ADRIÁN.- Todo eso son suposiciones tuyas, porque ni tienes conocimiento de lo que pasó entre Berta y nosotros, ni de ti hemos querido desprendernos. ¿Te he dicho yo acaso que te vayas?

SONIA.- (Progresivamente irritada.) ¡Si te parece que «esto», no es suficiente insinuación por tu parte! ¿O es que te crees que entre mis obligaciones está la de aguantar tus golpes?...

ADRIÁN.- No voy a discutir contigo, Sonia. Puedes marcharte o hacer lo que te de la gana.

SONIA.- ¡Pues claro que me iré! ¡Y voy a tardar bien poco! ¡Estaría bueno que siguiera aquí contigo expuesta a que me desgracies de un golpe!

MARÍA.- Naturalmente que vas a salir de esta casa, pero no será antes de que el médico certifique tu estado físico y hayamos decidido qué hacer.

GOYO.- (Cínico.) ¡Buena abogada te has buscado! ¿Te cobra muy caro, o actúa de oficio?

SONIA.- ¿Y a ti qué te importa?

MARÍA.- Es mejor que no le contestes. ¿No ves que sólo pretenden molestarnos?...

SONIA.- Sí. Tienes razón... Será mejor que nos marchemos a la consulta y no hacer caso a esta gentuza, antes de que me ensucie la boca diciéndoles todo lo que pienso de ellos.

MARÍA.- Es lo mejor que podemos hacer. Cuando quieras nos vamos.

SONIA.- (Marcando el mutis seguida por MARÍA.) Por mí, ahora mismo.

(Hacen mutis sin ningún gesto de despedida.)

GOYO.- (Yendo hasta el centro de escena.) (A ADRIÁN señalando a las que salen.) ¿Te das cuenta, Adrián, de lo retorcidas que son las mujeres?... ¿Encuentras alguna diferencia entre Sonia y Berta?...

ADRIÁN.- De quien sí difieren las dos es de María... Porque María, ¡es todo un hombre!

(Suena en el interior ruido de porcelana rota.)

GOYO.- (Dando un respingo.) ¡Cóño, ya se cargaron el jarrón!...

ADRIÁN.- (Con tono tranquilo.) Puedes estar seguro de que no ha sido por accidente.

GOYO.- (Tras una pausa encogiéndose de hombros.) Menos mal que sólo era una imitación de «sèvres»...

ADRIÁN.- Así y todo era una pieza notable. Y que conste que ya le había yo pronosticado su final. (Pausa breve.) Y bien, Goyo...

(Se levanta y llega hasta la ventana donde permanecerá, tras coger un libro del revistero que manoseará distraídamente mientras sigue el diálogo.)

¿No tienes nada que contarme del resultado de tus nuevas

pesquisas?...

GOYO.- Quería dejarlo para mañana o pasado cuando ya estuviera todo a punto, pero ya que te empeñas...

ADRIÁN.- ¡Hombre!, es verdad que mantener la intriga produce un cierto placer morboso, pero así y todo prefiero saber cómo se van desarrollando las cosas.

GOYO.- Al principio mostró la extrañeza propia de las otras chicas, pero enseguida comprendió que nuestra oferta era buena.

ADRIÁN.- ¿Le costó mucho decidirse?

GOYO.- No demasiado, pues es moderna y de carácter abierto.

ADRIÁN.- ¿Qué edad tiene?

GOYO.- Tres o cuatro años menos que Sonia.

ADRIÁN.- Eso está bien... ¿Y se llama?...

GOYO.- En el bar se hace llamar Verónica, pero creo que su nombre es Felisa.

ADRIÁN.- ¿Es rubia? **(Volviéndose hacia GOYO.)** Ya sabes que a mí me gustan las rubias...

(Mientras ambos sonríen encarados, se oye un impacto con rotura de vidrio y ADRIÁN se tambalea, girando sobre sí, mostrando en la sien derecha un orificio sangrante.)

(Al tiempo que se desploma cayendo al suelo, GOYO acude rápido pretendiendo ayudarlo.)

GOYO.- (Aterrado.) ¡¡Adrián!!... ¡¡No!! **(Arrodillado sobre su cuerpo sollozará amargamente.)**

(Mientras una luz enfoca un cristal astillado de la ventana y comienza a sonar la melodía interpretada en toda la obra, se suavizarán gradualmente el resto de las luces y lentamente irá descendiendo el telón.)

FIN DE LA OBRA

